

«estado contra los Jesuitas, la fortuna y las apariencias. Ni el «buen sentido, que aspira al triunfo, ni la imaginacion, que necesita brillo y fama, han sido satisfechos por su destino. Y sin embargo, nada es mas cierto; han tenido épocas de grandeza; «una gran idea va agregada á su nombre, á su influencia y aun «á su historia. Y es que sabian lo que hacian y lo que anhelaban, «y que han tenido un claro y distinto conocimiento de los principios segun los cuales obraban, así como del objeto á que tendian; es que poseian la grandeza del pensamiento y la magnitud «de la voluntad, salvándose así del ridículo tan natural á los reveses obstinados como á los medios mezquinos. Allí, por el contrario, donde el acontecimiento ha sido superior ó mas potente «que la idea, ó donde parece haber faltado el conocimiento de «los primeros principios y de los últimos resultados de la accion, «ha quedado cierto vacío, cierta inconsecuencia y cierta estrechez, que ha colocado á los mismos vencedores en una especie «de inferioridad racional y filosófica, cuya influencia se ha dejado algunas veces sentir en los mismos sucesos.»

No pertenece ciertamente á la historia el entrar en discusion sobre teorías mas ó menos fundadas: el historiador no puede como un orador ó un sectario violentar las inducciones para sacar de ellas un principio verdadero; así como ni deducir consecuencias falaces de un hecho averiguado. Hemos expuesto sin animosidad los sucesos concernientes al primer siglo de la Compañía de Jesús; y sin ocuparnos de las contradicciones que la verdad, en pugna con el espíritu de partido, acaba de arrancar al eminente publicista, debemos, no obstante, consignar aquí un pensamiento que acudirá á cualquiera por poco que á reflexionar se detenga.

En todos tiempos será y ha sido mas fácil desencadenar las pasiones que comprimir las. Los Protestantes, como todas las herejías celosas del triunfo de su sistema, acudian, con la lisonja en los labios y la corrupcion en los corazones, á inocular en los pueblos las ideas de emancipacion y de pillaje; y apelando á un mismo tiempo á la libertad en favor de su causa, y á la esclavitud contra los demás, se arrogaban todos los derechos, el de creer y el de

ayer le elevaste. Aprende, repetimos, á conocer tus intereses; aprende á conocer tus hombres. El principio no puede ser mas augusto ni mas santo; los que le proclaman no son todos justos.

negar, el de usurpacion y el de sacrilegio, el de confiscacion e inmoralidad. De manera que los hombres que caminaban resueltamente contra el torrente de tantas pasiones, conducidas á su parasismo por la esperanza de la fortuna, han debido por precision sucumbir mil veces en la lucha, antes de llegar á soñar un solo triunfo en presencia de semejantes doctrinas, que en todos los tiempos y ocasiones hallarán corazones que las adopten, voces que las preconicen, y brazos que las defiendan. El protestantismo rompía por todo; nada le importaban las tradiciones de la Iglesia ni los recuerdos monárquicos: anhelando aclimatar sus doctrinas, desconcertaba la marcha de los siglos; calumniaba el catolicismo con el objeto de exterminarle; servíase de los vicios del clero, para hacer de la Iglesia universal una prostituta; acariciaba las inclinaciones depravadas, con el santo fin de crearse un broquel de ellas, y su posicion habia llegado á ser inexpugnable: desde la humilde choza del artesano y desde el albergue del indigente ascendía á las gradas de los tronos; reyes y pueblos, letrados é ignorantes, criminales ó virtuosos, todos eran arrasados á su paso.

Los Jesuitas, empero, no retrocedieron á vista de este torrente al que era indispensable poner diques, ó al aspecto de una sociedad que aspiraba á suceder á la antigua, á quien trataba de matar sofocada en sus brazos. No tenían á su disposicion otras armas que el consejo y la palabra: el primero, escuchado por los soberanos con distraccion, y condenada la segunda á una impotencia relativa sobre las masas, porque amantes estas de lo nuevo y de lo imprevisto, solo exigian hallar en sus dominadores ó en sus doctores unos panegiristas del desorden, dispuestos siempre á incensar á sus vicios. Ahora bien, ¿es cierto que los Jesuitas hayan sido vencidos por todas partes después de una lucha de ciento veinte años que acabamos de bosquejar?

¿No han arrancado de las garras de la herejía á la Polonia, Hungría, Bohemia, Moravia, Silesia, Baviera, Austria, una parte de los cantones suizos y las provincias rinianas? ¿No han rechazado de Italia y Francia el calvinismo que empezaba ya á inocularse en el corazon de estas dos potencias católicas? ¿No han sido los promotores de la educacion? ¿No han enseñado al clero la regularidad y disciplina? ¿No han conservado en Inglaterra el germen que se desarrolla con tanto vigor, y que ha pasado en Ir-

landa, después de trescientos años de martirios, á ser una revolucion legítima? ¿No han conducido el Evangelio y la civilizacion á todos los rincones del globo? ¿no han combatido, en fin, enseñado, padecido, é inmolado sus vidas por el principio cristiano?

Si han llevado á cabo todo esto; si por la sola fuerza de la persuasion han podido realizar tantas cosas; si sin mas palanca que la Cruz, y sin otro apoyo ni auxilio que el de la Santa Sede y el clero, han podido estrechar los triunfos de la herejía; y si dividido en la actualidad el protestantismo, solo logra encerrar en sus templos corazones sin unidad, ingenios que se estacionan en una revolucion intelectual; ¿deberémos divinizar al luteranismo y calvinismo porque sublevaron las masas, y sentaron como una necesidad de todos los tiempos la rebelion contra la autoridad?

Hasta la época actual ha podido ser un crimen absuelto por el tiempo el impulsar á las masas á la insurreccion; pero este crimen ha sido mas fácil que venturoso: hanse visto hombres sin energía y faltos de virtudes consumir por medio de una baja lo que el protestantismo adopta como un título de honor; pero siempre será una gloria bien mezquina la que resulta de remover la hez popular, de lisonjear la inconstancia de sus caprichos, y de provocar sus ambiciones, con el objeto de formarse un pedestal de todas esas ignominias, que se desprecian ó se comprimen después que han elevado á un sugeto al poder. Estimular á los miserables al robó y al pillaje, á los indigentes á la saciedad de riquezas, al vicio particular al desenfreno público, y al pueblo á la licencia, no será jamás la obra de un ser pensador; pero es bello, es magnifico el lanzarse á través de las pasiones, cuando estas han llegado á desencadenarse; es mas bello, mas grande todavía luchar contra ellas, escudar la muchedumbre, compartir sus infortunios, ilustrar su ignorancia, enseñarles la felicidad que resulta de la obediencia á las leyes, y domesticar sus tendencias, al paso que se las prepare gradualmente á la emancipacion cristiana.

Los Jesuitas han caminado por esta escarpada senda, y por mas terrible que fuese su aspereza, han enseñado á las naciones á seguirla. Comparando los medios de influencia empleados por ambos antagonistas, no puede uno menos de convenir en que el protestantismo juzga con parcialidad, cuando se empeña en ne-

gar la luz que tanto brilla; pero existe una justicia superior á los ultrajes de partido, que debe reducir á su justo valor las ambiciones é intereses contrarios, y esta justicia está en la historia.

No hay duda que los anales de los Jesuitas son excepcionales. Aunque proceden del claustro, tienen un gran punto de contacto con el mundo, y se apoyan por un lado en la escuela, y en el púlpito por el otro. La Compañía marcha algunas veces en la sombra, por senderos subterráneos, y se sirve de medios terrenos para llegar á un fin religioso; pero encuéntrasela á cada paso con los piés inundados en sangre, y esta sangre es la que ella ofrece; de sus venas la han sacado siempre sin poder jamás agotarla.

Al erigirse el protestantismo en dictador de doctrinas, y al quererlas sentar sobre una basa sólida, ha contado con cuanto constituye la fuerza de los nuevos cultos; todo ha estado de su parte, excepto la verdad. Ha contado en sus filas héroes y genios, principes destituidos de piedad, y entusiastas á quienes no aterraba el imponer ó dar la muerte, como ni tampoco el recibirla. Aquí ha combatido por la intriga, allí por la audacia; se le ha visto amenazar á los tronos y sostenerlos, calumniar á los pueblos y adular á sus adversarios; ha sido ardiente y flexible, perseguidor y perseguido, verdugo y víctima. ¿Y á dónde le ha conducido todo esto?

Los discípulos de Loyola, á pesar de las coaliciones de la fuerza bruta, y en despecho de los odios sordos, han conseguido aclimatar el principio católico; y si las revoluciones han arrancado de sus tronos á los soberanos que se habian constituido sucesivamente sus adversarios ó sus amigos; si estas mismas revoluciones han sumergido en el naufragio monarquías de la Orden de Jesús, vendida por estos mismos reyes, ciertamente que el protestantismo no se atreverá á reclamar por sí solo una gloria tan triste.

Así pues, es preciso mirar esta cuestion, no bajo el punto de vista del triunfo material, sino del moral. Los Jesuitas no ambicionaban crearse una fama que les hubiera proporcionado una gloria culpable; no aspiraban á la celebridad, ni ansiaban granjeársela á toda costa: no tendían á *conciliarse ese interés público que, segun el escritor calvinista, es inherente á los grandes resultados, cualquiera que sea su objeto y principio.* ¡Fatales expresiones, que un retórico puede muy bien echar á la multitud para atraerse los aplausos de la corrupcion social; pero que el hombre de Estado debe

maldecir como un manantial de crímenes, y como un poderoso cebo tendido á los groseros instintos!

Los Jesuitas no se han dejado deslumbrar por ese brillo impostor; pero ¿deberá imputárseles como un crimen esta sagacidad, propia de una sociedad bien organizada? ¿No han obtenido mas de lo que pudieran haber esperado, y aun mas de lo que hubieran podido humanamente soñar? ¿No legaron á la Iglesia católica muchos mas pueblos que los que la arrebatava la herejía de Lutero y Calvino? En los archipiélagos y continentes del Asia, África y América fundaron nuevas cristiandades, que, aun en el dia saludan á la cátedra de san Pedro como á la norma de su fe; en Europa fecundizaron el amor á la virtud y á las bellas letras; asociáronse á todas las ideas de caridad, y pusieron en práctica todas las obras que tendian á mejorar la condicion de los hombres. Si en este conjunto de acciones; si en esta incesante lucha, que ha humillado á la herejía, al paso que ha vivificado la unidad católica, no se deja ver nada de brillo, nada de esplendor y grandeza; creemos al menos que el calvinismo no podrá menos de convenir en que han ostentado los Jesuitas un valor continuo, una abnegacion constante y un entusiasmo por la fe evangélica, cuyo principio puede muy bien ser desconocido por los ambiciosos, pero cuyas consecuencias deben bendecir todos los Cristianos, sea cual fuere la secta á que pertenezcan.

CAPÍTULO XXVI.

El jansenismo. — Jansenio y Duvergier de Hauranne, abad de San-Cyran. — Sus caracteres. — Intrigas de San-Cyran. — Motivos de su odio contra los Jesuitas. — Procura atraer á su partido al cardenal de Berulle, á Vicente de Paul, á los Oratorianos y Lazaristas, con el objeto de oponerlos á la Sociedad de Jesús. — Vista su repulsa, gana en favor de su causa á las religiosas de Port-Royal-des-Champs. — La madre Angélica y el *Rosario secreto* del santísimo Sacramento. — Atácanle los Jesuitas. — Constitúyese San-Cyran su defensor. — Compone este el *Petrus Aurelius*, y Jansenio el *Mars Gallicus*. — Muerte del obispo de Ipres. — Somete al juicio de Roma su tratado inédito del *Augustinus*. — Política de San-Cyran para acrecentar el número de sus prosélitos. — Las mujeres y los grandes señores. — Los primeros solitarios de Port-Royal. — Prision de San-Cyran en la cárcel de Vincennes. — Antonio Lemaitre y su humildad. — Constituciones de Port-Royal. — Antonio Arnauld y Sacy. — Procúranse los Jesuitas algunos ejempláres del *Augustinus*. — Piden que este libro sea privado antes que se publique. — Idea fundamental del *Augustinus*. — Atacan la obra los Jesuitas belgas y franceses. — Defiéndenla los Jansenistas. — Condénala la Santa-Sede. — Antonio Arnauld ingresa en la liza. — El P. Sesmaisons y la princesa de Guemené. — El libro de la *Frecuente comunión*. — El P. Petavio y Arnauld. — El Jesuita Nouet y su retractacion. — Declaracion de san Vicente de Paul. — Muerte de San-Cyran. — Reemplázale Singlin. — El jansenismo pasa á hacerse de moda. — Método de enseñanza de los Jansenistas. — Sus libros elementales. — Sus grandes hombres. — Logran seducir á varios obispos. — Biografía de los discípulos de Jansenio. — Hácese discípulo suyo el cardenal de Retz. — Toman parte en la Fronde. — La universidad abraza las doctrinas del jansenismo. — El Dr. Cornet y las cinco proposiciones. — Confedéranse la Sorbona, los Jesuitas, Mr. Olier y Vicente de Paul. — El *jansenismo confundido*, y el P. Brisacier. — Condena promulgada por el coadjutor contra aquel Padre. — Se niegan Olier y Abelly á leer en cátedra el acta del coadjutor. — Envian los Jansenistas á Roma á tres de los suyos. — Diputacion del clero francés. — Es condenado el jansenismo. — La madre Angélica y los Jansenistas acogen bajo la proteccion de su virtud los vicios del cardenal de Retz. — Por su medio se hacen dueños de la diócesis de Paris. — Arnauld y la Sorbona. — Provoca Arnauld la primera *Provincial*. — Biografía de Pascal. — Las *Provinciales*. — Entusiasmo que producen. — Silencio de los Jesuitas, y los motivos que les impulsan á guardarle. — Sagacidad de Pascal. — El probabilismo y el probabillorismo. — Consecuencias de ambas opiniones. — Teófilo de Corte y Alfonso Ligorio. — Aconsejan los Jansenistas sucesivamente el libertinaje, el asesinato y la reclusion de intencion. — Condena el Parlamento